

Adiós a Italia en La Colmena

*...aunque muera de rayo, tan aprisa
que no alcance la cama ni los óleos.*

OCTAVIO PAZ

En este número despedimos la eternamente grata columna de traducción literaria Italia en La Colmena, obra de nuestro entrañable amigo Guillermo Fernández, brillante miembro del Consejo Editorial de esta revista y colaborador generoso. Incluimos, en esta postrera entrega, unas pocas de sus traducciones y un poema de su autoría, textos todos publicados originalmente en *La Colmena*.

Guillermo nos fue arrebatado de manera criminal el pasado 30 de marzo. Quisiéramos saber quién lo mató, y quisiéramos que su asesino fuese legalmente castigado.

* * *

Guillermo:

Descansa en paz. Nos acompañan los recuerdos de tu buen humor y tu deslumbrante ingenio; al igual que la belleza de tu obra, presente ahora y siempre.

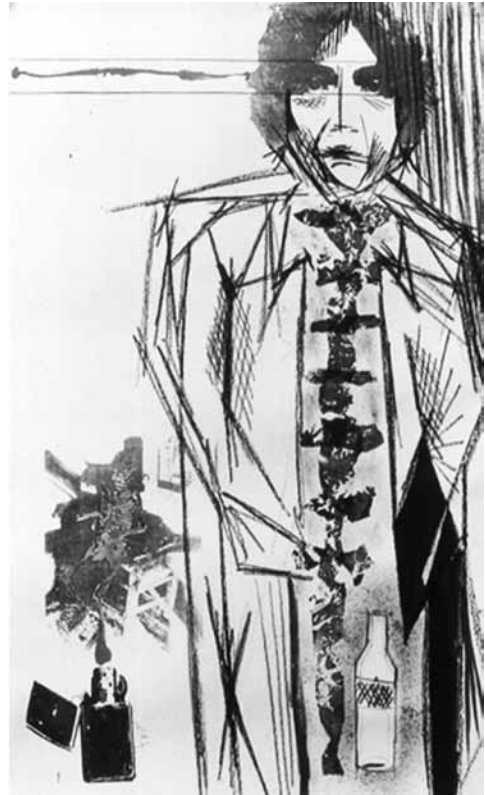
JCCS

Alda Merini

Cada mañana mi tallo...

CADA MAÑANA mi tallo querría
elevarse en el viento
con la embriaguez de la vida
pero algo lo retiene en la tierra,
una larga y pesada cadena de angustia
que nunca se rompe.
Entonces me levanto de la cama,
busco un recuadro de viento
y hallo un ladrillo soleado
donde apoyo mis pies desnudos.
De tal gracia secreta
no tendré luego memoria
porque aun la enfermedad tiene un sentido,
una desmesura, un desfiladero;
también la enfermedad es matriz de vida.
Y estoy aquí, arrodillada,
esperando que un ángel me toque
levemente y con gracia;
mientras tanto, acaricio mis pies pálidos
con dedos anhelantes de amor.

[La Colmena 20, octubre-diciembre de 1998]



De la serie *10 días* (2006).
Mixta: Jesús A. Martínez.

Marco Perilli

Una hormiga

Una hormiga había puesto su casa entre los pliegues del sexo de Laura. Al explorar el jardín, llegó al clítoris y, pisando sus raíces, conoció el milagro de la erección: quería trepar por aquel árbol, pero mientras más lo conquistaba, más se erguía aquél, solemnemente, empapado por cascadas de una esencia aceitosa. De tal modo la hormiga transitaba por el palo encebado y Laura se hallaba a menudo absorta y feliz.

[La Colmena 25, enero-marzo de 2000]



Sin título (2005). Litografía: Jesús A. Martínez.

Sardónicus

Aforismos

Guardad vuestra mejor mentira para cuando llegue la hora de la verdad.

El hombre moderno resiste todas las intemperies del aire acondicionado.

El cansancio del cuerpo temple el alma. El del alma postra el cuerpo.

El perdón puede ser el mayor de los castigos. No abuséis de él.

Es bueno encontrar personas electrizantes, pero mucho ojo con la frecuencia.

Poder ser —aunque sea por un instante— inmortales.

Cuando se tiene el destino en las manos, nadie sabe qué hacer con ellas.

Todo sería en vano si no existiera la vanidad.

[La Colmena 6, primavera de 1995]

Leonardo da Vinci

La vanagloria

Se lee que ningún otro animal se somete tanto a este vicio cuanto el pavoreal, porque no deja de contemplar la belleza de su cola, que despliega en forma de rueda, y con sus gritos atrae la atención de los animales circunstantes. Éste es el vicio más difícil de vencer.

[La Colmena 14/15, abril-septiembre de 1997]

Bruno Bianco

Tu primer soneto

Si cuando estás desnudo y eres mío
tiembla mi corazón como una llama;
si tú también te quemas en la flama
del lujurioso lujo del estío;

si cuando siento que se inflama el río
de mi sangre en tu sangre y todo el drama
feliz de nuestros cuerpos se derrama
como un vaso de vino en aire frío;

si cuando en la agonía deslumbrante
la perla se convierte en un diamante
y la angustia final lo hace pedazos,

es porque nunca, como en ese instante,
siento el amor que sale de mis brazos
y te estruja callado y centelleante.

[La Colmena 13, enero-marzo de 1997]



Sin título (2002). Puntaseca:
Jesús A. Martínez.

Stefano Strazzabosco

El disparo (fragmentos)

Escuché un disparo
de pronto
en la oreja
derecha
al voltear
había desaparecido
dentro.

He logrado entrar
pasando por la entrada
principal: adentro
hallé otra vez a todos
iguales a sí mismos
y también pude verme
igual a lo que soy
ahora que no estoy
aquí.

Cuando se incendia en la mente
la percepción de los ruidos más tenues
hay un batir de alas
en las azoteas de las casas
populares: cada trapo colgado
brama limpio y fresco
cuando comienza el día
cuando alborea
el cielo de metal.

[La Colmena 46, abril-junio de 2005]



Sin título (2005). Litografía:
Jesús A. Martínez.



Sin título (2005). Litografía:
Jesús A. Martínez.

Sandro Penna

Un poco de fiebre

Desde algunos días lo aquejaba un poco de fiebre. Incluso estaba seguro de que se trataba de una afección tuberculosa. Sabía que pronto moriría. Pero debía ir a que lo rasuraran y cortaran el cabello. Desde luego, había comprendido que hasta quien sabe que va a morir no puede escapar a las cosas de todos. Los pensamientos que provoca semejante estado de ánimo son muy distintos de los de cualquier otro; pero, a fin de cuentas, se termina con ir igualmente a la peluquería. Todo se hace con la lenta angustia que subyace en el fondo, pero lo más triste es darse cuenta de que no es posible hacer sino las cosas de siempre.

Conque fue a la peluquería. Barba y cabello. Ya era inútil ahorrarse una lira haciéndolo él mismo. Por lo demás, había presentado el placer de quedarse allí un buen rato. (Cuando no estaba enfermo, aquello le parecía un suplicio)

El mocetón que había comenzado a jugar con las tijeras sobre su cabeza, era un tipo muy vulgar. Rosado, casi rojo; cara ancha, casi redonda; carnosos, casi gordos. Guapo aún, por ser todavía joven. Pero mucho mejor que el propietario. Sucio, de barba entrecana, oliendo a puro y a sudor; tal vez tenía las manos húmedas y frías, para pasarlas sobre un rostro. Sin embargo, a él se le pagaba, a él se sometía el mocetón.

A este punto de sus observaciones, el enfermo vio entrar en la peluquería, ágil pero silencioso e inadvertido, a un muchachito de doce o trece años. Nadie se fijó en él. De modo que, luego de haber entrado, pudo recargarse contra una pared y mirar distraídamente. El enfermo comprendió al instante que le gustaría demorarse allí mucho tiempo. A él, que ya iba a morir, le estaba permitido dedicar toda su atención a un chiquillo. El cual parecía levitar en aquella atmósfera de cosméticos, ausente o leve, con sus ojos verdes que no miraban “realmente” caer al suelo los cabellos del enfermo.

Sus pantaloncitos no tenían ninguna forma ni color. Los tenía sujetos a la cintura tal vez con un mecate. Ya sin ningún botón, desde luego. Portaba una camiseta de un blanco incierto. En fin, un muchachito pobre como tantos otros: pero el enfermo estaba embelesado viendo aquella encantada expresión, sin saber si los labios del chiquillo se hallaban cerrados o entreabiertos. De vez en cuando aquel encanto se veía roto por alguna orden del patrón: “agarra la escoba; enciende el gas; barre, muchacho”. Y él obedecía como un ángel prisionero de los mercaderes. Sin altivez, sin disgusto; simplemente obedecía. Pero de

inmediato adoptaba de nuevo aquella actitud, que al enfermo le parecía tan misteriosa. No sonreía nunca y su rostro hallábase inmerso en un flujo de idéntica y leve dulzura. Probablemente pensaba en sus compañeros, en las orillas del río, en las zambullidas y en los reposos bajo el candente sol. Tal vez pensaba en la pobre madre, en el padre muerto, en la necesidad de ganar cinco liras al día.

Pero esto no le resultaba desagradable ni doloroso, eran cosas extrañas para él. No así los compañeros, las zambullidas en el agua. Todo esto lo llevaba dulcemente en las entrañas.

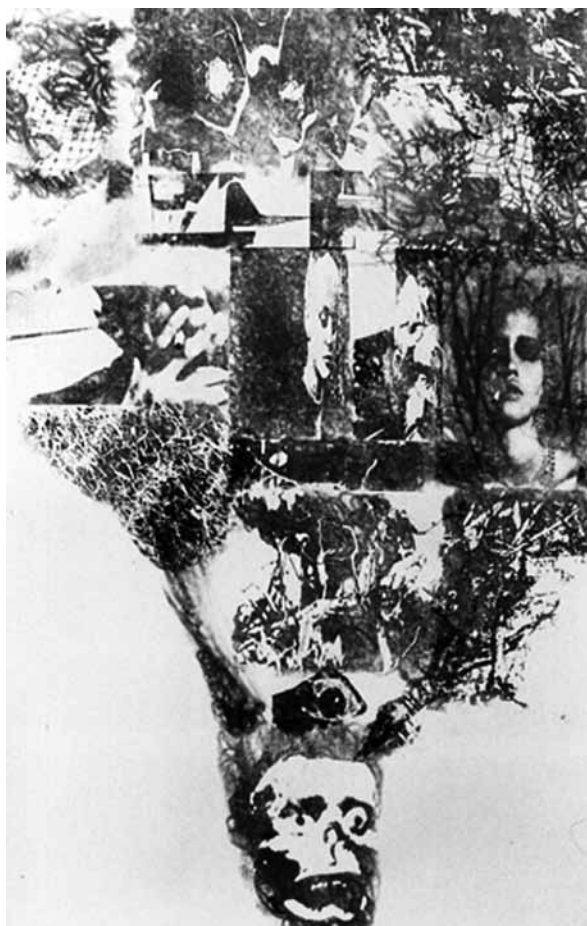
En cierto momento, el chiquillo recibió un breve pero seco regaño. El enfermo no supo por qué. Hubiera dado una buena propina por saberlo. Y dos para librar al muchacho del regaño. Pero el chiquillo lo remedió todo dirigiéndose aprisa hacia la trastienda, le llevó algo al patrón, y se restableció la calma. Volvió a recargarse en la pared, sin sombra alguna en sus ojos verdes, con los labios túrgidos ni abiertos ni cerrados, y sus mejillas se inclinaban dulcemente hacia el cuello grácil y arrogante.

¿Qué significaban para él las miradas del pobre enfermo? Oh ciertamente las había notado desde un principio, pero hubiera sido imposible saber cómo las había tomado. Quién sabe si aquel muchacho hubiera sido capaz de reacciones sociales. Ruborizarse por timidez. Devolverle la mirada con ironía viril, como defensa. Pero no; él estaba allí como ausente. Sería cosa de verlo entre sus compañeros, a orillas del río. Acaso en su elemento natural. Pero habría sido algo incluso más rupestre. Mejor ese desarraigo suyo en la peluquería.

Cuando el enfermo tuvo que salir, esperó mucho los cincuenta centavos del cambio, que el patrón no podía completar. Este se los pidió prestados al chiquillo, que, luego de dárselos, los vio de nuevo



Sin título (1999). Xilografía: Jesús A. Martínez.



De la serie *10 días* (2006). Mixta: Jesús A. Martínez.

en su misma mano. Dicha operación lo maravilló finalmente, y por fin el enfermo logró que le dirigiera una mirada, pero interrogante. Una mirada luminosa y tranquila, distante, sin ningún “gracias” ni humildad; una mirada que acabó, pues, por hacer que naufragara cualquier intento psicológico del pobre enfermo.

Pero esa misma tarde la fiebre había desaparecido. Él mismo se ríe de sus funestas aprensiones. Pensó que había sido una tontería haber puesto de manifiesto aquellos afanes. Al día siguiente, al pasar otra vez frente a la peluquería y mirar a aquel muchachillo como tantos otros, sucio y elemental, comprendió que, después de todo, la fiebre puede ser útil para escribir poesía.

[La Colmena 7, verano de 1995]

Guillermo Fernández
Correspondencias

A Frédéric-Ives Jeannet

Esta hora esta luz
me devuelven a otras parecidas
del tiempo de Perusa
“¿Son acaso las mismas?” me pregunto
por un instante suspendido
en este mediodía del Valle de Toluca
inmóvil y acunado
en el cráter mayor del Xinantécatl

“Idénticas” me digo
(y recorro de nuevo aquel sendero
feliz en bragaduras de colinas
sin saber hacia dónde ni hacia qué
Atruenan las trompetas de la luz
estremecen retamas y amapolas
en el prado de abril
cubierto ya de un bozo verde
que anunciaba a la sangre
derrumbes y delicias)

Hora y luz
no transcurren ni cambian
en esta hondonada tan alta
desnuda de todo verdor
toda piedra y arena y agua
donde los inmortales se reflejan
impasibles y hastiados
Sólo el hombre solo
se apiada aquí del musgo amarillento
aferrado a su brizna de tierra
flor de la roca
flor de montaña

“¿Qué te pasa?” me pregunta David
con voz entre festiva y preocupada
Antes de responderle
me vuelvo hacia él remiso y débil
como si hubiera atravesado a nado
las aguas del Atlántico
chorreante aún de imágenes
llagas y trofeos de otras latitudes
Se disuelve la bruma y sus facciones
dibujan en el aire
los mapas de la dicha
en esta misma hora
en esta misma luz
La dicha es indecible
la bebo toda con los ojos
le sonrío con una sonrisa
un poco triste y le respondo “nada”
Miro sus ojos y recorro
la eterna galería de miradas
con que los primogénitos
del corazón enjardinaron
otras horas otras luces
en este instante condensadas
en una sola efímera y eterna

Toluca, junio de 1995

[La Colmena 9, Pliego de Poesía,
invierno de 1996]